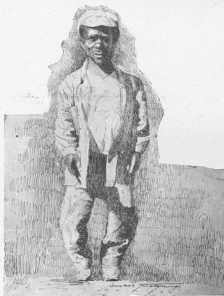


ARTISTAS ESPAÑOLES

Alejandro Sánchez Felipe

Alejandro Sánchez Felipe nació en Madrid, en febrero de 1894. Durante los primeros años de su juventud, trabajó en el humilde oficio de cantero. Las horas que le quedaban libres dedicábalas al dibujo. Estudió unos meses en la Escuela de Artes y Oficios. Bajo la dirección de don Tomás Campuzano practicó, por poco tiempo también, el aguafuerte. En el Museo del Prado copió a pluma algunas cabezas de Velázquez y Goya. Y, sin más aprendizaje, ávido de natural, salió a la calle en busca de rincones interesantes y tipos pintorescos que aprisionar en las líneas movidas de su lápiz. Lo que descuidan hoy día tantos pintores y escultores—el dibujo; digamos el *Padre Dibujo*—, fué lo que Sánchez Felipe atendió desde el comienzo de su profesión y es lo que después ha venido cultivando con un entusiasmo ejemplar. Lo que otros piden al color, él lo confía a la línea y al claroscuro. El lápiz, la pluma y el buril son sus armas.



«Dibujo», por Sánchez Felipe.

Yo no he olvidado la exposición que Sánchez Felipe hizo, a fines de 1922, en aquel destartado saloncillo del Ateneo madrileño. (Un año antes, el diario *La Acción* había sacado del anónimo la firma del artista publicando dos dibujos suyos, a pluma, con unas palabras de elogio). Tal exposición sirvió para dar a conocer a los aficionados el nombre del autor. Hablando de ella, dijo un crítico: «Sánchez Felipe es un dibujante instintivo, un perseguidor minucioso de la forma, desdeñada hoy tan torpemente». Y otro crítico: «Sánchez Felipe sabe del misterio de las tintas fundidas, de la gracia de los trazos y de las siluetas...» Y otro: «En Sánchez Felipe, el vibrante rayado de la pluma suple con arte los toques del pincel». Ninguno de estos críticos exageraba. En las cincuenta

pequeñas obras que formaban aquella exposición, no era difícil ver la presencia de un futuro gran dibujante. Algunos retratos, como los de don Tomás Campuzano y don Antonio del Castillo, y algunas anotaciones del paisaje madrileño—como la del arroyo de la Almenara—, daban la medida justa de lo que era entonces el dibujo de Sánchez Felipe: un dibujo de elocuente detallismo, en ocasiones, algo frío, pero en ningún momento flojo. El artista, dejando a otros la riqueza de la paleta, fundaba su preocupación en el estudio de la línea. Hizo algunos ensayos de color, pero sin gran entusiasmo. El dibujo le atraía, y al dibujo se consagró y en él es donde tiene ya asentada su personalidad.

Unos meses después de su exposición en el Ateneo, Sánchez Felipe fué a Cuba. El ambiente madrileño, congestionado de artistas, no le ofrecía lo que su ambición juvenil demandaba. Triunfó en Cuba el dibujante a poco de llegar. Vivió allí cuatro años, durante

los cuales recorrió la isla haciendo exposiciones. Colaboró asiduamente en las dos famosas publicaciones cubanas «El Diario de la Marina» y «Social». Sus grandes dotes de retratista pusieron de manifiesto numerosas veces. Más de cien dibujos dejaba firmados en Cuba cuando, en junio de 1927, Sánchez Felipe pagó a Colombia. Los dos años escasos vividos en esta otra República hispano-americana fueron también de éxito creciente. Además de continuar su fructífera tarea de retratista y paisajista, Sánchez Felipe se dedicó allí a la enseñanza, fundando y dirigiendo una Academia de dibujo que pronto alcanzó notoriedad en el país.

Y un día de nostalgia, el artista madrileño, triun-

fador en América, como tantos y tantos otros españoles, resolvió tornar a su tierra. No siempre España merece el retorno ilusionado de sus hijos que la dejan por ambientes menos duros, menos difíciles para la vida. A la hora de comer, España es muchas veces madrastra, por la tacañería con que da el pan... (frase que no será muy apropiada para fiestas de confraternidad hispano-americana, donde todas las flores de trapo de la retórica lucen su policromía; pero que es bastante exacta).

Sánchez Felipe vino, pues, a España, y, a fines del pasado diciembre, presentóse en su querido Madrid, con algunos dibujos hechos en América, que deseaba enseñarnos. Traía también un álbum, editado en La Habana el año 1926, con la reproducción de las más finas y logradas de sus obras.

Hace un par de meses, en uno de los salones de la Sociedad de «Amigos del Arte», Sánchez Felipe expuso los mentados dibujos, con algún que otro óleo, y varios apuntes a pluma hechos a última hora en las viejas calles madrileñas, con un sentido menos verista y detallado, más decorativo.

Si aquella exposición del Ateneo prometía, como dije, a un gran dibujante, ésta reciente ha cumplido la promesa.

En ocho años escasos Sánchez Felipe ha conseguido una justeza expresiva, una gracia de toque, una finura de línea admirables. Hoy, que se trata el dibujo con tan desfachatada ignorancia, consuela hallar dibujantes que dominan su oficio, como Sánchez Felipe; hombres que no se ven en la triste necesidad de acudir a la retorcida extravagancia, a la pobre estilización, a la cómoda ingenuidad, para darnos estampas de pergeño artístico.

Véanse varias de las que recoge el indicado álbum: la «Plaza de la catedral de La Habana»; la «Calle de los Pobres» y el «Patio del Tinajón», de Camagüey; las «Calles coloniales», y la «Casa típica», y la «Casa azul», y el «Rincón del Mercado», de Santiago de Cuba; la «Catedral de Santiago de Compostela», la «Iglesia de San Andrés, de Madrid»...

Visiones de él natural son éstas, certeras y delicadas, que, con algunas «cabezas» de firmes y jugosos trazos (la de

don Juan Espina, la del doctor Pepín Rivero, la de un clérigo, las de los señores Abril Amores y Cuesta), prueban claramente la excelencia del dibujo de Sánchez Felipe.

BERNARDINO DE PANTORBA



«La casa azul» (Santiago de Cuba), por Sánchez Felipe

